

COLOMBIA — DEPARTAMENTO DE BOYACA

REPERTORIO BOYACENSE

AÑO III -- NUMERO 27

DIRECTOR DESIGNADO POR LA ASAMBLEA DEL DPMTO.,
EL ARCHIVERO HISTORICO

TUNJA -- 1915



CONTENIDO

Introducción a una historia.....	1209
Descubrimiento de América.....	1214
Opiniones de algunos filósofos antiguos.....	1218
La población americana.....	1219
Naturaleza de los indios	1223
Opiniones sobre el origen de los primeros pobla- dores de América.....	1225
Ultimos días de Cristóbal Colón.....	1241
Vaticinio sobre el porvenir de Europa y el del Nuevo Mundo	1242

Imprenta del Departamento

Nota página 1235.

Repertorio Boyacense

Historia de Boyaca

Imprenta del Departamento

DEPARTMENT OF AGRICULTURE

STATE OF MICHIGAN

OFFICE OF THE COMMISSIONER OF AGRICULTURE

REPORT

1918

ANNUAL REPORT

1918

4

Repertorio Boyacense

CANJE



DIRECTOR,

EL ARCHIVERO HISTORICO, DESIGNADO POR LA ASAMBLEA

Año III

Tunja, Noviembre de 1915

Número 27

NOTA PRELIMINAR

Continuamos haciendo extractos de obras selectas y de grande importancia, que los alumnos de nuestros colegios y escuelas, a quienes principalmente está dedicada esta Revista, no pueden conseguir fácilmente. Los sabios y los literatos que reciban este REPERTORIO, pueden prescindir de la lectura de dichas piezas, que reproducimos con el fin de que las conozcan los jóvenes estudiantes.

Teníamos preparados los materiales que compondrán el presente número desde los primeros días del mes de octubre próximo pasado, pero, por motivos que no debemos exponer aquí, los retiramos de la imprenta. Luégo supimos, con placentera satisfacción, que el Centro de Historia establecido en esta ciudad y de que es digno Presidente el ilustrado canónigo señor doctor don Cayo Leonidas Peñuela, necesitaba del número 26, para dar a luz sus trabajos referentes al descubrimiento de América, y verificados el día 12 de octubre del presente año, ante selecta y numerosa concurrencia; trabajos muy recomendables, especialmente el discurso del mencionado señor Presidente, que agradó a todo el auditorio y hemos oído encomiar por personas inteligentes.

INTRODUCCION

A UNA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL PAIS
LLAMADO HOY COLOMBIA EN MEMORIA DE COLON.

Muchos siglos antes de la era cristiana se había admitido la existencia de tierras en el Océano Atlántico, que

limitaba el antiguo continente desde el estrecho de *Hércules* o *Gibraltar*, y aun algunos creen que el mito de la Atlántida o gran continente occidental fue transmitido a la Grecia del Egipto. La imaginación no es facultad que pueda encadenarse, ella ha debido desde los tiempos más remotos hacer que los hombres salven el espacio y supongan alguna cosa más allá del horizonte que su vista alcanza.

¿Quién no recuerda la famosa profesía de L. Séneca que floreció en el siglo de Nerón, y que se ha hecho un adorno indispensable en el frontispicio de toda obra que trate del descubrimiento de América?

Trás luengos años verná
 Un siglo nuevo y dichoso
 Que del Océano anchuroso
 Los límites pasará,
 Descubrirán grande tierra,
 Verán otro nuevo mundo,
 Navegando el gran profundo
 Que agora el paso nos cierra
 La Thule tan afamada
 Como del mundo postrera
 Quedará en esta carrera
 Por muy cercana contada.

(Traducción del Padre José Acosta.)

Mas los primeros y los más constantes indicios de las tierras occidentales los acarreaban las corrientes del mar a las islas británicas, a cuyas costas se veían aportar cañas de dimensiones colosales y fragmentos de troncos enormes de palmas, claras señales de otra vegetación. Poco imaginaban entonces los habitantes de aquellas islas, que mucha parte de su grandeza y opulencia futuras estribarían en la explotación de los países en donde crecían tales plantas.

El retroceso de la civilización en Europa a consecuencia de la invasión de los bárbaros del norte, no sólo suspendió el progreso de las ciencias que habrían necesariamente promovido y dirigido las empresas de los navegantes en solicitud de nuevas tierras, sino que hizo perder hasta la memoria de los rumbos que conducían a las islas

Afortunadas, hoy *Canarias*, ya conocidas de los antiguos, y que fue preciso descubrir de nuevo en el siglo décimotercio.

En esta época trabajaban los portugueses por dar la vuelta al Africa, navegando por sus costas a fin de abrir el comercio directamente con el Oriente, cuyas preciosas producciones estaban monopolizadas por los negociantes italianos, que solos traficaban con ellas en el Mediterráneo. El infante don Enrique de Portugal propendió singularmente al adelantamiento de la náutica, ocupándose exclusivamente en viajes de descubrimiento, y protegiendo a los astrónomos, matemáticos, pilotos y a todos los que se dedicaban a los ramos accesorios a la ciencia del navegante. El impulso que este príncipe benéfico dio a los descubrimientos marítimos procuró a Portugal una importancia y un lustre extraordinarios.

A estas circunstancias se debió el viaje a Lisboa de Cristóbal Colón, natural de Génova y marinero distinguido. Allí contrajo matrimonio con la hija de un antiguo y experto oficial de marina que había sido Gobernador de *Porto Santo*, isla recién descubierta. El examen de los mapas, diarios de navegación y otros papeles de Perestrello, su suegro, que ya era muerto, acabó de decidir de la vocación del ilustre genovés. Hizo Colón algunos viajes a la costa de *Guinea*, y con sus ganancias y las cartas de marear que trazaba vivía honradamente con su familia. Este trabajo y sus estudios lo familiarizaron con las cuestiones más arduas de la cosmografía, y arraigaron en su ánimo el convencimiento de que navegando directamente hacia el occidente debía encontrarse el continente asiático. Un viaje que había hecho antes a Islandia y las observaciones que su constante práctica de navegar le sugerían confirmaban cada día sus opiniones.

Presentóse Colón al rey de Portugal solicitando se equipara una expedición exploradora que bajo sus órdenes navegaría al Occidente hasta encontrar la tierra firme; pero sea que se hallasen exorbitantes las condiciones y los honores que solicitaba para el caso de que la empresa tuviera un éxito feliz, como él firmemente lo esperaba, o que

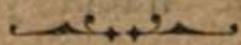
preocupada enteramente la Corte con la circunnavegación(*) del Africa, no se querían arriesgar fondos en otros descubrimientos que se estimaban menos seguros; lo cierto es que las proposiciones de Colón no fueron atendidas o sólo produjeron el envío clandestino y sin suceso de una nave por los rumbos que él había indicado. Esta nave, privada de la dirección inmediata del autor del proyecto, no sirvió sino para hacer patente la mala fe con que fue tratado este negocio por parte de los Consejeros de la Corona de Portugal, y para mostrar que no basta saber la dirección en que ha de andarse, si se carece del ánimo firme y persuadido que vence los estorbos y dificultades, tan frecuentes en todas las sendas poco trilladas y especialmente en las de nuevos descubrimientos.

Tampoco estuvo al alcance de los miembros del Senado de Génova, su patria, a quienes después se dirigió Colón, el juzgar con acierto de su propuesta, que fue desechada igualmente. Trasladóse por último a España, en donde después de largos años de negociaciones infructuosas logró por fin ser escuchado y triunfar de las preocupaciones escolásticas que le opusieron al principio los mayores obstáculos. Demasiado vilipendio ha arrojado el mundo moderno sobre los claustros de España para que sea permitido en exstricta justicia dejar de recordar que del fondo de un oscuro monasterio salieron los más fieles amigos de Colón y los más constantes favorecedores de su atrevida empresa, que los sabios del siglo consideraban como visionaria. Fray Juan Pérez Marchena, de la Orden de San Francisco, Guardián del convento de la Rábida en Andalucía, y Fray Diego Deza, religioso dominicano, confesor de la augusta reina doña Isabel la Católica, segundados por Alonso de Quintanilla y Luis de San-Angel, fueron los que decidieron el ánimo generoso de la ilustre soberana de Castilla a no dejar partir a Colón, que ya se retiraba desconfiando de obtener auxilios en España y a tomar a su cargo y expensas la expedición, con tan fervoroso anhelo, luego que estuvo persuadida de su importancia, que ofreció empeñar sus joyas si de otro modo no po-

(*) *Más con la guerra contra los moros y la toma de Granada.*

día hallarse el dinero necesario para los aprestos. Nadie ignora que fue en este viaje, verificado en agosto de 1492, que Cristóbal Colón rasgó el velo que cubría una vasta porción de la superficie de nuestro planeta y que una flotilla de tres navichuelos en los que hoy mismo nadie osaría atravesar el Océano, se lanzó con tanta seguridad en un piélago desconocido y misterioso como pudiera hacerse para navegar entre las dos costas del Mediterráneo. Pocos son los que no han reflexionado en los beneficios que el género humano reportó de este descubrimiento, que puso en claro la verdadera figura de la tierra, desmintió las opiniones erróneas respecto de la no existencia de los antípodas, la inhabitalidad de la zona tórrida, e incomunicación de las dos templadas. Desde aquella época no hay mar que no sea navegable ni región inaccesible.

Este inmenso continente extendido de Norte a Sur casi de polo a polo presentó al naturalista una multitud de seres nuevos del reino vegetal y animal; al físico y al geólogo cadenas colosales de montañas levantadas por el fuego subterráneo y abundantes en metales preciosos con que se ha enriquecido el mundo, y los climas y las producciones reunidas de las zonas más diversas: al filósofo, la raza humana y las lenguas en los grados y situaciones más favorables para al estudio de la especie. La astronomía náutica, la geografía física, la geología de los volcanes, las ciencias todas cambiaron de aspecto entonces, y puede decirse que nunca desde el establecimiento de las sociedades la esfera de ideas relativas al mundo exterior se había engrandecido tanto. No hay exageración en asegurar que es en esta época en que el hombre acabó de tomar posesión de los dominios que el Creador le señaló en la tierra y que por lo tanto el descubrimiento de la América puede considerarse como el más grande acontecimientos de lo tiempos modernos.



DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

(12 DE OCTUBRE DE 1492)

El viernes 3 de agosto del año de 1492, Colón se hizo a la vela un poco antes de amanecer en presencia de una multitud de espectadores que elevaban al cielo sus ruegos por el próspero término de un viaje que deseaban. Dirigióse Colón hacia las islas Canarias adonde llegó sin accidente que hubiera merecido mencionarse en un viaje cualquiera; pero en uno tan importante, la menor circunstancia no debía pasar desatendida.

El primero de octubre, se hallaba la tripulación a setecientas setenta leguas al oeste de las Canarias, según los cálculos del Almirante, aunque, para que su gente no se intimidase con la extensión del viaje, dijo que sólo habían andado quinientas ochenta y cuatro leguas. Llevaban ya cosa de tres semanas en el mar; habían llegado más allá de donde otros navegantes se aventuraran; todos los pronósticos del descubrimiento habían resultado engañosos; las apariencias de tierra con que los habían halagado y distraído de tiempo en tiempo su credulidad y la astucia de su jefe se habían desvanecido; impresionados tristemente los más ignorantes y tímidos, y luego los más instruidos y resueltos, prendió al fin el contagio del uno al otro buque. De murmuraciones pasaron a quejas públicas e insubordinación. Acusaban a su Soberano de inconsiderado y crédulo por haber estimado en tanto las promesas y conjeturas vagas de un extranjero indigente, y puesto en peligro las vidas de muchos súbditos suyos en su intento quimérico. Pretendieron regresar a España mientras sus naos se hallaban aún en estado de navegar, pero temieron que su deseo e intento serían inútiles, porque el viento que tan propicio les había sido en su viaje, haría imposible el navegar en dirección contraria. Todos convinieron en obligar a Colón a que tomase una medida de la cual pendía la salvación común. Algunos de los más osados propusieron como medio más seguro y expedito para salir del paso, arrojarlo al mar, esperando que a su vuelta a España, la muerte de un aventurero fracasado llamaría muy poco la atención e interés públicos.

Conocía Colón su situación peligrosa. Con sumo desagrado veía los fatales efectos de la ignorancia, y el miedo de sus compañeros que estaban próximos a estallar en un motín; pero conservó su presencia de ánimo y ocultó el conocimiento que tenía de aquellas maquinaciones. A pesar de la agitación y recelo de su espíritu, mostróse con semblante risueño como si estuviera satisfecho de los progresos que hacía y confiase en un resultado feliz.

A veces empleaba las artes de la insinuación para calmar a sus secuaces, a veces excitaba la ambición y codicia de ellos, haciéndoles magníficas descripciones de las riquezas y fama que es-

taban a punto de alcanzar. En otras ocasiones asumía el tono de autoridad y los amenazaba con la venganza de su soberano si con bastardo proceder, inutilizaban los nobles esfuerzos para promover la gloria de Dios y enaltecer el nombre español sobre todas las demás naciones. Aunque amotinados aquellos marineros, respetaron y, como convicentes, atendieron las palabras de un hombre superior; así es como no sólo desistieron de los actos de violencia que fraguaban sino que resolvieron acompañar a su Almirante por mucho más tiempo.

Conforme avanzaban, las señales de la proximidad de la tierra eran más evidentes y reanimaban sus esperanzas: a bandadas empezaban a ver pájaros que volaban hacia el sudoeste. Colón, guiado por el vuelo de las aves, torció su rumbo de Oeste, dirigiéndose al punto de donde venían volando; pero después de haber seguido en esta dirección por muchos días sin mejor éxito que al principio ni haber visto en un mes sino mar y cielo, decayeron las esperanzas de sus compañeros, cuyos temores revivieron; en todos los rostros aparecieron muestras de impaciencia, de rabia y desesperación. Los oficiales que hasta allí habían sido del dictamen de Colón se unieron a los marineros y soldados y todos juntos sobre cubierta, pidieron a su comandante mezclando las amenazas a los ruegos, que en el acto virase por redondo, y regresase a Europa. Conocía Colón que no le valdría hacer uso de los medios anteriores, los cuales no podían producir ya efecto alguno favorable y que era imposible reanimar corazones en que el temor había extinguido todo sentimiento generoso. Era preciso dar campo a pasiones que ya no podía dominar y abrir paso a un torrente demasiado impetuoso para ser contenido. Prometió, pues, solemnemente a los suyos que accedería a sus deseos con tal de que lo acompañasen y obedeciesen por tres días más, y si en este plazo no descubrían tierra, volverían a España. Por más enfurecidos que estuviesen los marineros, no les pareció irracional esta propuesta; ni arriesgaba mucho Colón al reducirse a tan corto plazo; tan numerosos y halagüeños eran ya los presagios de descubrir tierra, que le parecieron infalibles. Durante algunos días la sonda había encontrado fondo y la arena que extraía indicaba que la tierra no podía estar a gran distancia, las bandadas de pájaros se aumentaban y se componían no sólo de aves marítimas sino también de tierra, que no era de suponer volasen muy lejos de las playas. La tripulación de *La Pinta* vio un junco flotando, que parecía recién cortado y un trozo de madera labrado artificialmente. Los marineros de *La Niña* recogieron una rama de escaramujo con frutas verdes, perfectamente frescas. Las nubes del Ocaso tomaban nuevo aspecto; el aire era más suave y templado, y por la noche soplaban un viento desigual y variable. Por todos estos síntomas confiaba tanto Colón en la proximidad de la tierra, que en la tarde del 11 de octubre, después de una oración pública por el buen éxito, mandó acortar velas y que los barcos estuviesen con cuidado para evitar el encallar por la noche. Durante este

intervalo de expectativa y ansiedad, ninguno de aquellos hombres cerró los ojos; permanecieron todos sobre cubierta, observando el punto por donde esperaban descubrir la tierra por tanto tiempo esperada.

Como dos horas antes de la media noche Colón, que estaba en el castillo de proa, vio una luz en lontananza y en secreto se la mostró a Pedro Gutiérrez, paje del guardarropa de la Reina. La vio este marino y llamó la atención de Salcedo, proveedor de la escuadra, y todos tres observaron que variaba de lugar, como si fuese llevada de un punto a otro. Poco después de media noche se oyó el grito alegre de Tierra! Tierra!! dado en *La Pinta* que iba siempre delante de las demás naves; pero como apariencias falaces habían sido causa de que se engañasen tantas veces, todos dudaban aguardando con incertidumbre e impaciencia a que despuntase el día. Tan luégo como amaneció cesaron dudas y temores de aquellos navegantes que por largo tiempo habían esperado. Desde todos los buques se vio como dos leguas al Norte una isla cuyas márgenes verdes y risueñas estaban cubiertas de bosques y bañados por arroyos. La tripulación de *La Pinta* entonó un *Te-Deum*, himno de gracias al Todopoderoso, que entonaron también en las demás naves con alborozo y regocijo. A este acto de gratitud a Dios, siguió otro de justicia al Comandante: pusiéronse a los pies de Colón con sentimientos de admiración y respeto; pidiéronle perdón por la incredulidad y rebeldía con que le habían causado pesares y entorpecido la ejecución de su bien concertado plan, y, pasando del uno al otro extremo en el entusiasmo de su admiración, proclamaron que el hombre a quien habían vilipendiado y amenazado era un inspirado del cielo, de fortaleza y visión sobre humanas, que había llevado a cabo un pensamiento superior a todas las ideas y concepciones de los siglos anteriores.

Al despuntar el sol entraron en el agua y armaron todos los botes. Se dirigieron a la isla con bandera desplegada, música militar y toda la pompa marcial. Conforme se acercaban a la costa la veían cubierta de una multitud de gente atraída por la novedad del espectáculo, y cuya actitud y ademanes dejaban ver la admiración y el asombro que les causaban los extraños objetos que se les presentaban.

Colón fue el primer europeo que puso el pie en el Nuevo Mundo descubierto por él. Desembarcó ricamente vestido y con la espada desnuda en la mano. Su gente le siguió y arrodillándose besaron la tierra que por tanto tiempo habían deseado ver. Luégo erigieron una cruz y, postrándose ante ella, dieron gracias a Dios por haber guiado su viaje a tan dichoso término. Después tomaron solemnemente posesión del país a nombre de la Corona de Castilla y de León. Mientras esto hacían los españoles, rodeáronlos los naturales que admiraban en silencio acciones que no podían comprender y cuyas consecuencias no preveían. El traje de aquéllos, la blancura de su piel, sus barbas y sus armas les parecían extraños y sorprendentes. Las grandes máquinas en que habían atrave-

sado el océano que parecían moverse sobre las aguas por medio de alas y producían estrépito espantoso, semejante al trueno, acompañado de luz y humo, llenaron su espíritu de tal pavor que empezaron a respetar a sus nuevos huéspedes como a seres de un orden superior y dedujeron que eran hijos del sol, que habían bajado del cielo para visitar la tierra. No menos admirados estaban los europeos con la escena que tenían a la vista: las yerbas, arbustos y árboles eran diversos de los que producía el suelo europeo. La tierra parecía muy fecunda, pero pocas muestras daba de cultivo. El clima aunque cálido, era delicioso. Los habitantes aparecían en la sencilla inocencia de la naturaleza enteramente desnudos. Sus cabellos negros, largos y lisos les flotaban sobre las espaldas o se enlazaban en trenzas sobre la cabeza; no tenían barbas ni vello; su color cobrizo, las facciones raras más bien que desagradables y el porte reposado y tímido; aunque no altos eran fornidos y ágiles; llevaban la cara y muchas partes del cuerpo pintados de colores subidos. Al principio se mostraron esquivos y medrosos, pero luego se familiarizaron con los españoles, y llenos de alegría les aceptaron cascabeles, cuentas de vidrio y otras baratijas, dándoles en cambio las provisiones que tenían e hilo de algodón, únicos objetos que poseían de algún valor. Por la tarde Colón volvió a su nave acompañado de muchos de los isleños que iban en sus botes que llamaban canoas, hechos toscamente del tronco de un árbol, los que manejaban con destreza sorprendente. Así, pues, en la primera entrevista de los habitantes del viejo y del nuevo mundo todo pasó amistosamente. Los primeros, ilustrados y ambiciosos, formaron desde luego grande idea de las ventajas que podían obtener de las regiones que empezaban a ver. Los últimos, sencillos y sin discernimiento, no preveían las calamidades y desolación que amenazaban a su país.

Para los alumnos de nuestras escuelas superiores, no para los hombres ilustrados o literatos, copiamos a continuación un trozo de la biografía de Colón, escrita *poéticamente* por A. de Lamartine:

“.....Después de contemplar silenciosamente Colón aquella primera costa avanzada de la tierra, la encontró superior a sus esperanzas. Ardía en deseos de ser el primero en pisar con planta europea aquella arena y enarbolar con la insignia de la cruz y la bandera de España el estandarte de la conquista de Dios y de la de sus soberanos por su genio. Pero contuvo en sí mismo y en las tripulaciones la impaciencia por abordar a la playa, queriendo dar a aquella toma de posesión de un nuevo mundo la solemnidad del acto más grande tal vez que realizó jamás un navegante, y, a falta de hombres, invocar a Dios y a los ángeles, la mar, la tierra y el cielo como testigos de su conquista sobre lo desconocido. Revisióse con todos los distintivos de su autoridad de Almirante del Océano y virrey de futuros reinos, desplegó su manto de púrpura

y empuñando con la mano diestra el estandarte bordado con la cruz y las cifras de D. Fernando y doña Isabel; bajó a su chalupa y avanzó seguido por las de los dos Pinzones hacia la playa. Al saltar en tierra se arrodilló para consagrar con un acto de humildad y adoración el dón y la grandeza de Dios en aquella parte de sus obras: besó la tierra y con el rostro en tierra lloró. Lágrimas de doble sentido y de doble augurio que mojaban por primera vez la arcilla de aquel hemisferio que visitaban hombres nacidos en la vieja Europa; lágrimas de alegría para Colón que brotaban de su corazón noble, agradecido y piadoso; lágrimas de luto para aquella tierra virgen, que parecían presagiarle las calamidades, las devastaciones, el fuego y el hierro, la sangre y la muerte que le traían aquellos extranjeros con su orgullo, su ciencia y su dominación. ¡El hombre derramaba lágrimas, pero era la tierra la que debía llorar!

“Dios eterno y todopoderoso! exclamó Colón, levantando la frente del polvo y elevando una oración latina que conservaron sus compañeros Dios que con la fuerza de tu palabra creadora sacaste de la nada el firmamento, el mar y la tierra, bendito y glorificado sea en todas partes tu nombre, ¡exaltadas sean por los siglos de los siglos tu majestad y soberanía universal, porque has permitido que por medio del más humilde de tus esclavos tu sagrado nombre se conozca y extienda en esta mitad de tu imperio oculto hasta ahora!»

En seguida dio a aquella isla el nombre de Cristo, llamándola San Salvador.

Sus tenientes, sus pilotos y marineros, ebrios de contento y dominados por sobre humano respeto hacia aquél que había visto por ellos más allá del horizonte visible y al que la víspera ultrajaban con su desconfianza, vencidos por la evidencia y anonadados por aquella superioridad que prosterna al hombre común, cayeron a los pies del Almirante, reconociendo en aquel instante la soberanía y el poder del genio; víctimas ayer de su obstinación, compañeros hoy de su constancia y partícipes de la gloria de que acababan de blasfemar ¡Tal es la humanidad: injuria a los iniciadores y hereda sus glorias!.....

Persuadido Colón de que aquella isla era un apéndice avanzado en el océano de las Indias, hacia las que continuaba creyendo que navegaba, dio a sus habitantes el nombre imaginario de *indios* que conservaron hasta su extinción, sobreviviendo el error de lenguaje al error del navegante.»

OPINION

DE ALGUNOS FILOSOFOS ANTIGUOS SOBRE LA EXISTENCIA DE ANTIPODAS.

La opinión de que la tierra es redonda y habitada en todas

sus partes, y que por consecuencia hay antípodas, cuyos pies están contrapuestos a los de los habitantes del otro hemisferio, es una de las más antiguas verdades enseñadas en filosofía. Diógenes Laercio dice en un lugar de su historia que Platón fue el primero que llamó antípodas a los habitantes de tierras contrapuestas al antiguo continente; y no quiere afirmar en esto que Platón fue el primero que enseñó esta opinión, sino solamente que fue el primero que usó de esta voz *Antípodas*, porque en otro lugar el mismo Diógenes cita a Pitágoras como autor de esta opinión (1) En Plutarco hay otro pasaje (2) por el cual parece que este era un punto ventilado en su tiempo y Lucrecio y Plinio que impugnaban esta opinión, como así mismo San Agustín, dan a entender claramente que debía prevalecer en sus tiempos.

No hablo aquí de la condenación del Obispo Virgilio por el Papa Zacarías, por sus opiniones sobre la existencia de antípodas, pues sobre este hecho se han engañado muchos: el Pontífice Zacarías, en la carta que sobre este asunto escribió a San Bonifacio, solamente habla de aquellos que sostenían que debajo de la tierra había otro mundo distinto del nuestro, otro sol y otra luna.

EL HOMBRE AMERICANO

.....Los descubrimientos más recientes dan lugar a admitir que el hombre americano alcanzó los tiempos interglaciales..... Así todo, no poseemos la data inicial de su existencia, ni hay en el estado actual de las cosas manera alguna de determinarla. La incertidumbre es en todos estos puntos cabal y absoluta, como se ve. Las disputas sobre si ciertos paleolitos, que parecen de hechura humana, pertenecían a la época glacial o eran más bien postglaciales, ocasionaron el que el Marqués de Nadaillac diese cuenta de ellos, viniendo a concluir sobre las arcillas de Trenton: "Este solo hecho, aunque recibiera de otro alguno comprobación, bastaría por sí solo para tener por establecida la existencia de un hombre semejante a nosotros, en las riberas del Delavvare, durante los tiempos paleolíticos, y para creer por probable su existencia en otros países, donde la naturaleza se mostraba tan lozana y la vida era tan fácil de llevar."

LA POBLACION AMERICANA

El marqués de Nadaillac, fundado en pruebas positivas, sostiene que los americanos no son hijos de la tierra, porque las tradiciones que conservan en orden a gentes arribadas por mar son sin número e irrecusables; en dichas tradiciones hablan de per-

(1) *Plato primus in philosophia nominavit Antipodas. Diog. Laert. l. 3. c. 24.*

(2) *Plutarch de Herodoti malig. t. 2. p. 869—C. S. August. de Civitate Dei lib 16 c. 9 Lucretius, l 1. v. 1062 & seq.*

turbaciones climatéricas, de turbiones y diluvios antiquísimos, de trastornos y catástrofes, que se corresponden y cuadran bien con la antigüedad de la época postdiluviana y con las tradiciones asiáticas.

La segunda razón es, que en tanta variedad de fisonomías como hay entre los americanos señaláanse los esquimales, chippeway y pieles-rojas, que parten sus límites con el Golfo de Méjico y Canadá, y son dignos de consideración por el tipo singular, nariz grande, ojos vivos, tez cobriza, pelo negro, barba escasa; señales que denotan decadencia de antigua prosperidad, y no brutal salvajez, como al fantástico Chateaubriand se le antojó. Y por eso es más de estimar el juicio del sabio Berard, que tiene a los esquimales y chippeway por razas asiáticas; ni menos lo son los pieles-rojas así llamados por lo bermejo del cuero, anomalía singularísima en toda la América.

En tercer lugar, es constante tradición de los mejicanos que el solar de los antiguos toltecas estaba allende los inmensos mares. Cuentan que su religión consistía, no en adorar palo ni piedra, sino en alzar los ojos al cielo y en guardar las leyes del Sumo Hacedor. De aquella ociosidad malcontentas algunas familias, dicen que resolvieron alejarse de su patria, y, embarcándose en siete fustas, dieron fondo en Panuco, viniendo de la parte de Oriente. Todo esto refiere el erudito Domenech en su *Viaje pintoresco*. El mismo autor narra la tradición de los Quichès, que blasonan de haber sido los primeros que arribaron a Guatemala, y enseñaron leyes y policía a los toltecas. Ni disuena de esto lo que el sabio P. de las Casas dejó escrito sobre la memoria que en Yucatán se festejaba de veinte capitanes ilustres salidos de Oriente, siglos hacía, de traje largo, luenga barba y autorizado acompañamiento.

Siguiendo al citado Domenech, los documentos históricos de los escandinavos no dejan poner duda en los sucesos arriba mencionados. En cuya confirmación y a mayor abundamiento halláronse en los Estados Unidos lápidas y monumentos sepulcrales, que comprueban el origen asiático de los americanos. Además se refieren en dicha obra navegaciones de normandos y groelandeses por el Norte y Oeste en el siglo X de nuestra era, que hacen menos increíbles los testimonios de Platón, de Teopompo y de Diódoro sobre el hundimiento de la Atlántida. Sea de esto lo que fuere, no es posible dudar sino que el estrecho de Behring, las dos cadenas de islas Curitas y Aleutinas, y las de Sandwich y Otahití, ofrecieron fácil paso para poblar por el Norte de Asia.

Pero las comarcas más habitadas fueron Méjico, Perú y Mississippi; y aquí tenemos gran copia de razones en abono de la unidad de la especie humana. Conforme la relación que nos dejó D. Francisco López de Gómara en su *Historia general de las Indias*, constaba Méjico de muchas y muy variadas generaciones de gentes; la más antigua era la de los chichimecas de Aculucán, que eran hombres religiosos y devotos, y adoraban al sol por los años

de 720 de la era cristiana. Doscientos años hacía que habían llegado a Aculúa unas gentes guerreras de gran lustre y policía cuando los chichimecas comenzaron a desechar su rustiquez y a comunicar con ellos por matrimonio. «En este medio tiempo, escribe el historiador, llegaron a esta tierra los mejicanos, nación también extranjera, y en aquellos reinos nueva, aunque algunos quieren sentir que son de los mismos de Aculúa, por cuanto la lengua de los unos y de los otros es toda una, y dicen que no trajeron señores, sino capitanes..... Crecieron tanto en hacienda, que muy en breve tiempo fueron mayores señores en la tierra que los de Aculúa y que los chichimecas.»

Favorece, además, este discurso el relato de Pedro Cieza de León, que en su *Crónica del Perú* cuenta como a principios del siglo XVI Francisco Pizarro fue gobernador de Urabá, y los muchos trabajos que pasó con los indios; «los cuales, añade, según decían, no eran naturales de aquella comarca; antes era su antigua patria la tierra que está al Río Grande del Darien.» Mas adelante dice: «También antiguamente no eran naturales estos indios de Quimbaya, pero muchos tiempos ha que se entraron en la Provincia..... Yo conjeturo haber gran curso de tiempo que estos indios poblaron en estas Indias.» Muchos otros testimonios podríamos aquí juntar en prueba de ser constante tradición en América que sus moradores deben su origen a otras gentes apartadas de países lejanos.

Finalmente el antedicho Francisco Gómara refiere como Vasco Núñez de Balboa, partiéndose del Darién, y llegando a Cuareca, «halló algunos negros esclavos. Preguntó de dónde los habían, y no le supieron decir o entender más de que había hombres de aquel color cerca de allí, con quien tenían guerra muy ordinaria. Estos fueron los primeros negros que se vieron en India, y aun pienso que no se han visto más.» Y aunque Bernal Díaz del Castillo en su *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España* se didicó muy de asiento a corregir los yerros y encarecimientos de Gómara, dejó pasar esta relación sin irle a la mano; cuanto más, que Gómara repite adelante, al hablar de la ley de los indios, la misma noticia de los negros de Cuareca. «Por lo cual, añade, es opinión que va en los hombres y no en la tierra; que bien pudo ser, aunque todos seamos nacidos de Adán y Eva, bien que no sabemos la causa.» Ni es para omitido lo que el propio historiador cuenta del viaje que en 1542 hizo Francisco Vásquez con los suyos a Quivira, población sita a los 40.º de latitud. «Vieron, dice, por la costa naos que traían arcatraces de oro y plata en las proas con mercaderías; y pensaron ser del Catayo y China, porque señalaban haber navegado treinta días.» Cuyo dicho confirma galantemente el juicio de M. d' Eichtal diligente observador de las antigüedades mejicanas, donde descubrió evidentes prendas del bautismo indio, y examinando figuras indias y japonesas se ratificó en que guardaban con la de Méjico y Yucatán muy cercana semejanza. Todo lo dicho demuestra cuán fácil camino tenían abierto los americanos

a la comunicación con las otras partes del orbe, y cuán antiguo es su linaje.

La civilización peruana y mejicana hacen infinitas ventajas a la de las tribus circunvecinas del Este, Californias y litoral del Pacífica: porque la desigual disposición de los ingenios no viene de viciosa organización física, es antes bien accidental, y pende en gradísima parte de las condiciones del clima. Estos pueblos, no contentos con hacer uso de los metales, sin dejar de gastar armas y flechas de piedra, poseían todos los grados de esplendor a que pueden aspirar naciones florecientes. Testigo el imperio de los Incas. La hermosura del cielo, la riqueza de la tierra, la abundancia de productos, la situación geográfica, la vecindad de los mares, ayudaron poderosamente al crecimiento intelectual y moral de estos pueblos haciendo que, no solo conservasen en su lustre las recibidas tradiciones, sino que granjeasen estimación por sus ingenios entre las naciones sabias, en tanto que otras gentes, o por menos favorecidas del clima, o por más indolentes y cerreras, libraron su bienestar en la caza y en la pesca, quedando por largos siglos envueltas en las nieblas de una bárbara y lastimosa ignorancia.

Resumiendo todo lo dicho, la razón más principal, que ha quedado hasta hoy sin respuesta, es la identidad humana en todo lugar y tiempo. El hombre, entre el torbellino de alteraciones en la fauna y en la flora, a pesar de las diferencias de tipos animales que en los tiempos cuaternarios se sucedieron en América, Europa y Australia, ha conservado siempre la misma estructura, los mismos instintos, unas costumbres, igual cultura intelectual y moral, idéntico estilo en los túmulos, parecidas armas, semejantes invenciones, remedos de ritos, repetición de industrias, constancia en las mismas tradiciones, continuación de la misma creencia, práctica de los mismos deberes; en cualquiera comarca, clima, latitud, por más arriba que subamos, hallámosle siempre de un tenor, sin género de cadencia ni intercadencia en su modo de vivir, de manejar instrumentos, de ejercitar artes, de domesticar brutos, de ocuparse en el cultivo del campo, de aliñar pieles de bestias después de cazadas, de buscar abrigo contra la inclemencia y rigor del clima, de inventar voces en que envolver sus conceptos; en todas partes vémosle perseverante en acudir a la sombra de un supremo señor que le cubra con el manto de su piedad, y, cual si presintiese no ser la tierra el paradero final de la presente vida, puebla el vasto universo de genios invisibles, que en la otra le serán amorosos padrinos o crueles perseguidores; por doquiera descubrimosle, en una palabra, con inquebrantable tesón, de unas pasiones, de unas máximas, de unos principios morales, en medio de cuya inmovible conformidad son de admirar las diferencias hereditarias de largos años, muy a propósito para calificar razas, pueblos, tribus; pero cuando el mono siempre mono se quedó, y la abeja abeja, y el perro perro, y el atún atún, puesto que en la permanencia del instinto hallamos argumento firme de la unidad de la especie, porque ni las moscas hacen panales, ni las abejas silos, ni

las hormigas cera, ¿cómo no concluiremos finalmente que, pues los hombre han perpetuado sus propios instintos, no obstante la inmensidad de los océanos ni el transcurso de los siglos, son propia y verdaderamente miembros de una sólo familia, hijos de un mismo padre, individuos de una misma especie, única y privilegiada?

Poniendo ahora la atención en lo hasta aquí discurrecido, ¿qué juicio debemos formar de la teoría de Agassiz, cuyos principios parecen tan contrarios a los de Darvvin? El valeroso Quatrefages, en su obra *L'espece humaine*, una de las más sabiamente escritas en esta materia, acomete la refutación de la hipótesis de Agassiz en el libro IV donde, analizándola, señala los extravíos de este varón tan benemérito por sus luchas con el darvvinismo. «Agassiz y Darvvin dice Quatrefages, por haber querido atenerse a la morfología y desconocido la parte fisiológica de esta cuestión, dejándose llevar de la corriente de una lógica que se fundaba en hechos incompletos, han llegado por caminos diferentes a un término igual. Ambos desconocen este grande hecho que el sentido común entiende, la ciencia demuestra y domina en zoología y botánica, a saber, la división de los seres organizados en grupos elementares fundamentales que se propagan en el espacio y en el tiempo. Pero Darvvin, haciendo pie en los casos de las variaciones que ofrecen los seres, no ve sino razas en las especies, al paso que Agassiz, solamente atendiendo a los lances de fijeza, viene a no ver más que individuos en la naturaleza viviente. Ambos olvidan que nuestro gran Buffon había caído en todos los extremos para venir a la doctrina que explica todos los hechos resumidos en estos términos: distinción de la raza y de la especie.» Y más abajo añade: «Propio de Agassiz es haber dado al hombre por patria primera todo el globo, y haber admitido que las razas habían nacido como los animales y vegetales, teniendo cada raza un centro de creación. Pero en su enseñanza se esconden graves errores antropológicos.» Válos desentrañando y confutando el insigne naturalista con solidez de razones, según que hemos procurado hacer hasta aquí, sin dejar escapatoria a la más ciega terquedad. Con esto queda en honroso lugar la tesis católica, desofendida de las arteras argucias inventadas por la arrogancia científica.

NATURALEZA DE LOS INDIOS

BULA DEL SUMO PONTIFICE PAULO TERCERO

De una obra escrita en Lima el año de 1653 por el P. Bernabé Cobo, de la Compañía de Jesús, extractamos el siguiente interesante capítulo:

..... «Ellos (los indios) finalmente tienen tan añublada y escurecida (sic) la luz de la razón y usan tan poco de consideración y discurso, que muestran poca más habilidad que los brutos, a quien imitan en cuidar de sólo lo exterior y presente y carecer de

todo género de providencia, pues tan pegado tienen el pensamiento a la tierra, que no lo levantan dos dedos de ella. Tal es su bestial dureza, que dio motivo a una de las cosas más notables que han sucedido en el mundo, y fue, que algunos españoles de los primeros que vinieron a Indias, pusieron duda en si eran verdaderamente hombres de la misma naturaleza que nosotros, y no faltó quien afirmase que no lo eran, y, por el consiguiente, que debían ser tenidos por incapaces de libertad y del dominio de las cosas que poseían, y de recibir nuestra santa Fé y los Sacramentos de la Iglesia. Para atajar este error en sus principios y cerrar la puerta a innumerables males a que con él se daba entrada, determinò el Sumo Pontífice con autoridad apostólica, como cosa de fé, que todos los indios, como hombres racionales de la misma especie que los demás, eran capaces de los Divinos Sacramentos, Y por haber sido éste uno de los casos raros que han visto los hombres en esta materia, me pareció insertar aquí la Bula de Su Santidad como la refiere el Padre Maestro Fray Agustín de Avila Padilla, de la orden de Predicadores, en la historia que escribió de la fundación de la Provincia de Santiago de Méjico de su sagrada religión, y es del tenor siguiente :

«Paulo Papa tercero a todos los fieles cristianos que las presentes letras vieren, salud y bendición apostólica. La misma Verdad, que ni puede engañar ni ser engañada, cuando enviaba los predicadores de su fé a ejercitar este oficio, sabemos que les dijo: id y enseñad a todas las gentes, a *todas* dijo indiferentemente, porque todas son capaces de recibir la enseñanza de nuestra fé. Viendo esto y envidiándolo el común enemigo del linaje humano, que siempre se opone a las buenas obras, para que perezcan, inventó un modo, nunca antes oído, para estorbar que la palabra de Dios no se predicase a las gentes ni éllas se salvaran. Para esto movió algunos ministros suyos, que, deseosos de satisfacer a sus codicias y deseos, presumen afirmar a cada paso que los indios de las partes occidentales y los del Mediodía y las demás gentes que en estos nuestros tiempos han llegado a nuestra noticia, han de ser tratados y reducidos a nuestro servicio como animales brutos, a título de que son inhábiles para la fé católica, y, so color de que son incapaces de recibirla, los ponen en dura servidumbre y los obligan y apremian tanto, que aun la servidumbre en que tienen a sus bestias apenas es tan grande como la con que afligen a esta gente. Nosotros, pues, que, aunque indignos, tenemos las veces de Dios en la tierra y procuramos con todas fuerzas hallar sus ovejas que andan perdidas fuera de su rebaño, para reducir las a él, pues es éste nuestro oficio; conociendo que aquestos mismos indios, como verdaderos hombres, no solamente son capaces de la fé de Cristo, sino que acuden a ella corriendo con grandísima promptitud, según nos consta, y queriendo proveer en estas cosas de remedio conveniente, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes determinamos y declaramos que los dichos indios y todas las demás gentes que de aquí adelante vinieren a noticia de

los cristianos, aunque estén fuera de la fé de Cristo, NO ESTAN PRIVADOS NI DEBEN SERLO DE SU LIBERTAD NI DEL DOMINIO DE SUS BIENES; Y QUE NO DEBEN SER REDUCIDOS A SERVIDUMBRE; declarando que los dichos indios y las demás gentes han de ser atraídos y convidados a la dicha fé de Cristo con la predicación de la palabra divina y con el ejemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinación se hiciere, sea en sí de ningún valor ni fuerza, no obstantes cualesquiera cosas en contrario, ni las dichas, ni otras en cualquiera manera.

Dada en Roma año de 1537 a los 9 de junio, en el tercero de nuestro Pontificado.»

Cosa por cierto, muy digna de consideración, que sea tanta la ignorancia y rudeza de los más de estos indios, que haya dado ocasión a semejante disputa. De donde podemos colegir lo mucho que han hecho y hacen en estas regiones los predicadores del Evangelio, plantándole en gentes que tan inhábiles parecían.

Debemos suponer que los hombres que poblaron esta tierra eran ya, cuando a ella vinieron, gente ignorante, ruda y salvaje, sin letras, ciencia, ni rastro de policía; lo cual me persuado vista y considerada la naturaleza y propiedades de la tierra y condición de sus moradores, tan diversos en todo de la gente de Europa y sus vecinas; es bien verdad, que puesto caso que hubieran los primeros habitantes venido de alguna nación republicana y de letras, pudieran sus descendientes con el largo tiempo y falta de comercio con otras gentes haber degenerado del sér y lustre de sus progenitores y venido a la inculta barbaridad en que los hallamos; más, no da lugar a pensar esto la extrañeza y discrepancia tan rara que de sus calidades y costumbres queda explicada; porque, si hubiera pasado así, algunos rastros quedarán por indicios del más valor y excelencia de sus antepasados, y lo que hallamos cuanto más de atrás inquirimos e investigamos sus principios, es mayor rudeza y salvajez. Con esto se rechaza la opinión de los que creen descender estos indios de la nación de los judíos o de otra de Europa, y se concluye que sus progenitores no vinieron en navegación larga por el Océano.

OPINIONES

SOBRE EL ORIGEN DE LOS PRIMEROS HABITANTES DE AMERICA

¿De qué parte del Mundo Viejo pasaron a este nuevo los primeros hombres que lo poblaron, y de qué modo pudieron hacer tan largo viaje? Para esta averiguación, si bien es verdad que no tenemos camino abierto ni aun huella ni rastro conocido que podamos seguramente llevar, el por donde voy guiando mi discurso imagino es el más cierto y seguro, como lo mostraran las conjeturas que me mueven a echar por él. En primer lugar, demos vuelta con el ánimo a toda esta cuarta parte del Mundo que

llamamos América, rodeándola por sus costas y orillas, y vamos de camino advirtiéndolo y notando, como desde atalaya, que tierra del Mundo Viejo es la que le cae más vecina, y hallada, pongamos luego los ojos en sus moradores y miremos si ellos y estos indios se imitan en ingenio y propiedades. En consecuencia de lo cual se nos ofrece luego la duda que no han acabado de aclarar los cosmógrafos y geógrafos, conviene a saber, si por la parte setentrional se continúa esta tierra con alguna región de la Asia de las que más se allegan al Norte.

Y verdaderamente que la razón de dudar es muy grande, tomada de la relación que han traído los que sólo por explorar los términos y límites de esta tierra, han navegado sus costas setentrionales por ambos mares del Norte y del Sur; los cuales, aunque siguiendo y costeando su orilla, se han puesto lo más cerca del Polo que han podido, subiendo más de sesenta grados de la Equinocial, de la cual altura no les ha dejado pasar el excesivo frío que sienten en aquel paraje por los meses de junio y julio, ni han descubierto el cabo de la tierra, ni se han acabado de resolver en si corre o no hasta juntarse con la Asia; y así han dejado en pie la duda. Y puesto caso que haya estrecho de mar entre Asia y la América, como lo ponen los cosmógrafos en sus tablas y lo nombran de Anián, no debe de ser muy ancho, por lo mucho que se avecinan al Setentrion los términos de esta tierra. De donde consta que por aquella parte se acerca más al Mundo Viejo que por otra ninguna.

Esto es hablando en la opinión común que hasta aquí ha seguido el torrente de los geógrafos; más en la mía ha cesado ya esta duda: tengo por mas probable que se continúa esta tierra con la parte más septentrional de la Asia; y conforme a esta opinión siento que de aquella última región de Asia en que cae la China, la Tartaria y el Archipiélago de San Lázaro, en que se incluyen las Islas Filipinas, pasaron a esta tierra sus primeros pobladores. Y hace mucho en confirmación de ésto, hallarse también por esta vía el segundo indicio que investigábamos de la similitud destes indios con las gentes que habitaban aquella costa del Asia, la cual no se puede negar sino que es muy grande, no sólo en el color y ser naturalmente aquellos hombres de la China y de las islas sus adyacentes naturalmente lampiños como estos indios, sino también en el ingenio, inclinación y costumbres; porque, así estas gentes de la América como aquellas de la China y Filipinas son pusilánimes, inconstantes y fáciles; y de las mismas calidades deben de participar por la vecindad los tártaros finítimos de la China. Allégase a lo dicho, que me certificó el que dio la primera noticia de continuarse la América con la Asia, que los tártaros confinantes con la China usan del mismo género de libros que tenían los *mexicanos*, en que por figuras contaban sus historias.

Y lo que no poco hace en apoyo de lo que vamos diciendo, es el ver la semejanza grande que tienen con estos indios de la América todas las naciones de gentes que se han descubierto na-

vegando desde esta tierra hacia el Poniente y Septentrión, así enmarados como costa a costa; porque los que han hecho esta navegación desde el Perú a las Islas de Salomón enmarados, han ido topando por todo el camino muchas islas bien pobladas de indios hasta las Islas de Salomón, y desde allí hasta las Filipinas y costa de la Asia. Y de la misma manera, los que han ido a descubrir el fin desta tierra, costa a costa, así por la mar del Sur como por la del Norte, cuantas gentes hallaron en todas las partes adonde arribaban a recorrer la tierra, son en todo muy parecidas a estos nuestros indios de la América.

El modo como hicieron este camino aquellos primeros que lo anduvieron, podría causar dificultad; pero yo, cierto, no lo hallo, considerando que no era necesario fuesen unos mismos hombres los que partieron de Asia y trajeron este viaje tan largo hasta lo último destas tierras, sino que debió de suceder en esto lo mismo que en la población de las otras partes del Mundo, y es, que como se iban propagando y multiplicando los hombres, se iban extendiendo y dividiendo por sus familias y parcialidades y ocupando las provincias cercanas a su naturaleza que hallaban yermas. Así pues, los primeros que salieron de Asia ocuparían la primera tierra desta América, que por aquella parte les caía más cercana, y a la proporción que se iban multiplicando irían extendiéndose y ocupando nuevas tierras, sin hacer tránsito largo de unas a otras, más que por huír la estrechura de las muy pobladas, procurarían sólo extenderse por las que hallaban vacías y aparejadas para poderse mantener en ellas. Y en hinchéndose aquellas de más gentes que cómodamente pudiesen mantener, se irían alargando por las contérminas a ellas las familias que, como enjambres, se iban procreando, sin emprender jornadas largas para dividirse los unos de los otros, supuesto que todo el camino que habemos descubierto por esta derrota es continuado. Y así sucediéndose unos a otros en continuar este viaje por esta forma, que habiéndolo comenzado los primeros y llevándolo adelante sus descendientes, al cabo de algunas generaciones lo acabarían los posteriores.

Ocupando, pues, todas las Provincias de esta gran tierra firme (en que no dejarían de pasar algunos centenares de años), y no cabiendo ya en ella por su gran muchedumbre de moradores, pasarían a las islas más cercanas del gran archipiélago de la América, que por correr tan juntas y eslabonadas desde la costa de esta América austral a la setentrional, no hallarían dificultad que les impidiese el pasaje a todas ellas, hasta venir a parar y poner fin y término al largo curso de la peregrinación comenzada por sus progenitores en las islas últimas y más orientales del dicho archipiélago. Y verdaderamente, que si el ancho golfo del Mar Océano, que, atravesado entre la costa oriental de esta América y la occidental de Africa, no dividiera estas dos partes del Mundo, llevaban talle estos indios de llegar a comunicarse con los africa-

nos, si hallaran como hasta aquí paso continuado por tierra, o sin que la perdieran de vista.

De haber sido este el viaje y discurso de los pobladores de estas Indias y de los que poblaron las demás regiones del Mundo, y no con navegaciones largas hechas de intento, es para mi muy fuerte argumento el haberse hallado en nuestros tiempos muchas islas despobladas y yermas, no por otra razón que por estar apartadas de tierra firme, de las cuales nunca se había tenido noticia, como son las islas de Cabo Verde, la Isla de la Madera, la de San Juan, y las Islas Terceras o de los Azores, que los portugueses han descubierto y poblado; las cuales, si hubieran sido halladas de los antiguos, no dudo sino que las hubieran poblado como lo han hecho los portugueses; y en esta Mar del Sur, todas las islas que están vecinas y a vista de la tierra firme hallaron los castellanos bien pobladas de indios, y despobladas y yermas las que están muy desviadas, como son las islas de Juan Fernández en la costa de Chile, por distar de ella sesenta leguas; y las Islas de los Galápagos, en frente de la Provincia del Guayaquil, como cien leguas la mar adentro.

Trozos tocantes a Colón y América, entresacados de cartas suyas escritas desde el día 14 de mayo de 1493 hasta el 13 de junio de 1525.

Carta CXXX—Al Caballero Juan Borromeo, Conde de Arona (de la familia de San Carlos Borromeo).

.....Ha vuelto de los antípodas occidentales cierto Cristóbal Colón, de la Liguria, que apenas consiguió de mis Reyes tres naves para ese viaje, porque juzgaban fabulosas las cosas que decía. Ha regresado trayendo muestras de muchas cosas preciosas, pero principalmente de oro, que crían naturalmente aquellas regiones.....

Barcelona, 14 de mayo de 1493.

Carta CXXXIII—Al Conde de Tendilla y al Arzobispo de Granada (Fray Hernando de Talavera).

Elevad el espíritu ¡oh sapientísimos ancianos! oid un nuevo descubrimiento. Recordáis que Colón, el de la Liguria, estuvo en los campamentos instando a los Reyes acerca de recorrer por los antípodas occidentales un nuevo hemisferio de la tierra; tenéis que recordarlo: de ello se trató alguna vez con vosotros, y sin vuestro consejo, según yo creo, no acometió él su empresa.

Este ha vuelto incólume; dice que ha encontrado cosas admirables; ostenta el oro como muestra de las minas de aquellas regiones; ha traído algodón y aromas, ya de forma oblonga, ya redonda, más penetrantes que la pimienta del Cáucaso, que los produce naturalmente aquella tierra, y árboles coccineos. Caminando desde Cádiz hacia Occidente cinco mil millas de pasos, según afirma, dio con muchas islas.

Entre ellas ocupò una, que asegura tiene mayor ámbito que toda España. Encontró hombres contentos con lo de la naturaleza, desnudos, que se alimentan con comidas nativas y pan de raíces de ciertos matorrales de palmitos, llenos de nudos, que ellos a su tiempo cubren con tierra, y entre nudo y nudo se forman tubérculos a modo de peras o calabacillas. Cuando están maduros, los secan al sol, como nosotros, los nabos y los rábanos, los parten, los trituran haciéndolos harina, los amasan, cuecen y comen: a estos glóbulos les llaman *Agies*. Los demás árboles, cuya mayor parte dan de comer, son diversos de los nuestros.

No cria la isla cuadrúpedo alguno, fuera de lagartos enormes, pero inofensivos, y cierta clase de pequeños conejos que se parecen a nuestras ratas.

Esta raza tiene reyes, y unos mayores que otros: guerrean entre sí con hondas, con muy agudas cañas chamuscadas, y con arcos. Aunque van desnudos, hay entre ellos ambición de mando, y se casan. Qué es lo que adoran fuera de Dios del cielo, aun no lo ha averiguado.

Habías dado a Colón tres naves: la mayor la perdió en la costa de esa isla; se le estrelló sobre una roca cubierta por las aguas, y plana: con las otras dos menores ha vuelto. Dejó en la isla treinta y ocho hombres que, mientras él regrese a ellos, examinen la naturaleza de los lugares; y los recomendó al reyezuelo de la provincia que recorrió, que se llama *Guacanaril*, desnudo también. Se prepara otra armada mayor y volverá. Lo que suceda lo sabreis por mí, si vivo. Pasadlo bien.

Barcelona, 13 de septiembre de 1493.

Carta CXXXIV. *Al Visconde Ascanio Sforzia, Cardenal Vicecanciller.*

.....Lo demás (de la tierra) lo dejaron los cosmógrafos por desconocido, y si se hizo alguna mención, es ligera e incierta; más ahora ¡oh feliz hazaña! bajo los auspicios de mis Reyes, lo que desde el principio de las cosas hasta el presente estuvo oculto, ha comenzado a saberse.

La cosa ha sucedido así: sábelo, Príncipe ilustrísimo. Cierta Cristóbal Colón, de la Liguria, habiéndole dado mis Reyes tres naves, y siguiendo desde Cádiz a sol poniente, ha llegado a los antipodas, más de 5.000 millas, navegando treinta y tres días continuos sin ver más que cielo y agua: pasados los cuales, desde la atalaya de la nave mayor en que iba el mismo Colón, los vigías proclamaron tierra. Recorrió desde el mar seis islas.

Saltó en tierra en una de ellas que todos los que le siguieron, llevados de la novedad de la cosa, afirman que es más grande que España. Permaneciendo allí algunos días, averiguó que aquella tierra produce naturalmente oro, algodón, aromas oblongos de forma del cinamomo, y redondos como la pimienta, árboles cocineos, ámbar, color garzo (*glaucum*), y abundancia de muchas cosas

que son preciosas entre nosotros. De cada cosa ha traído un poco para muestra.

La isla tiene varios reyes, pero desnudos, y como ellos todas las personas de ambos sexos. Aunque aquella gente se contenta con lo natural, como que va desnuda y solo se alimenta con frutas de los árboles y cierto pan de raíces, pero son ambiciosos de mando y, por esa ambición, en mútuas guerras se matan unos a otros con arcos y agudas astas chamuscadas; y el reyezuelo vencido, tiene que obedecer al vencedor, como si hubiera entre ellos igual que entre nosotros *mío y tuyo* y deseo de exquisito aparato y abundante dinero, Pues reflexionarás de qué puedan necesitar los que van desnudos.....

Barcelona, 13 de septiembre de 1493.

Carta CXXXV—*Al Arzobispo de Braga.*

..... Cierta Colón navegó hacia el Occidente, hasta los antípodas de la India (según él cree). Halló muchas islas, y piensan que son las de que hacen mención los cósmógrafos, más allá del océano oriental, adyacentes a la India. Yo no lo niego del todo, por más que la magnitud de la esfera parece indicar otra cosa; pues no falta quien juzgue que el litoral Indico dista poco de las playas españolas. Como quiera que sea, afirman que han encontrado cosas grandes: de lo que dice ha traído señales y promete que encontrará cosas mayores.

A nosotros nos bastá que la mitad del orbe que está oculta, sea conocida; y los portugueses se acercan más y más cada día al círculo equinoccial. De éste modo, playas desconocidas hasta ahora, se harán accesibles dentro de poco; pues cada uno, por emulación del otro, se expone a grandes trabajos y peligros.....

Barcelona, 1.º de octubre de 1493.

Carta de un Viajero

IMPRESA CON OTRAS MUGHAS EN MADRID, EL AÑO DE 1797.

Recomendamos la lectura de esta carta a todos los que reciben el REPERTORIO BOYACENSE, porque es interesante, y muy pocos de los que viven hoy en la tierra la conocen. En ella se halla un pasaje, que juzgamos cuento conseja o fábula, referente al piloto andaluz Alonso Sánchez de Guelva.

No merecen crédito las anécdotas que no están comprobadas con documentos o testimonios de testigos *vivos* y fidedignos.

Llegamos, señora, a la época más gloriosa que se lee en los anales del mundo. La revolución de ideas y nueva forma del sistema político de Europa, nuevos hombres, nuevas producciones en los tres

reinos de la naturaleza, un nuevo manantial de inagotables riquezas, y una infinidad de comodidades para la vida y de luces para los progresos de las ciencias, fueron el efecto del descubrimiento de un nuevo hemisferio. ¡Qué grande y heroica se muestra en esta época la nación española! Calúmniela cuanto quiera la envidia de los extranjeros: esfuercen y apuren todos los sofismas y falsedades para disminuir y obscurecer su mérito: a los ojos del filósofo imparcial, que mira con el debido desprecio estas rivalidades pueriles, el español que expone todo lo que más se aprecia entre los hombres para una empresa considerada temeraria y loca por las principales naciones de Europa, es un prodigio de heroísmo desconocido en todos los siglos.

Todos atribuyen la gloria de este descubrimiento a Cristóbal Colón, genovés según la opinión común, y ferrarés (1) según consta de un testimonio auténtico presentado en el pleito del Estado de Veraguas: no es mi ánimo disminuir un punto la gloria de este inmortal varón; pero ¿qué efecto hubiera tenido su atrevida conjetura de encontrar las Indias navegando al Occidente, si la España le hubiera tratado con el desprecio que Génova, Portugal, Inglaterra y Francia? Quién le suministró medios para esta grande empresa, quiénes le ayudaron para verificarla sino los españoles? Prescindo aquí de que Colón recibió la primera noticia de aquellas nuevas tierras de un español, llamado Alonso Sánchez de Guelva, piloto andaluz: este se empleaba con su embarcación en hacer el comercio entre las Canarias y la Madera, cuando arrebatado de una furiosa tempestad fue arrojado hasta aquellas tierras incógnitas. Este accidente es tan verosímil, que no hace muchos años se repitió con una nave mercante que había salido de Lanzarote para Tenerife cargada de trigo, y arrebatada de un recio temporal fue a parar a la costa de Caracas. Sánchez de Guelva logró volver con solo tres de su tripulación a la isla de la Gomera, donde se hallaba a la sazón Cristóbal Colón, que se había casado en la Madera. Este grande hombre, que en Portugal había hecho grandes progresos en la cosmografía, y estaba dotado de un genio superior, hospedó en su casa a aquéllos infelices, los cuales venían tan maltratados, que en breves días murieron todos (2). En premio de su generosa hospitalidad tuvo Colón noticia de aquellas tierras desconocidas, y como el descubrimiento de la India por los portugueses tenía inflamados los ánimos por aquellos tiempos, Colón concibió la grande idea de buscar aquel nuevo Continente. ¿Si Guelva hubiera sido extranjero, con cuánto aparato alegarían nuestros émulos esta historia para privarnos del mérito de este descubrimiento? No es esto una vana conjetura: hace pocos años que Mr. Otto quiso privar al inmortal Colón de su gloria, con los

(1) Ferrara, antiguo Estado Pontificio, capital Ferrara, patria de Ariosto.—N. D.

(2) Testimonios de *testigos muertos* son inadmisibles y deben ser rechazados por el buen historiador.—M. D. E.

sofismas más despreciables que han sido muy bien refutados. Pero yo muy al contrario, no cito este hecho de Guelva para obscurecer el mérito de Colón: sería yo tan ridículo como los extranjeros envidiosos de nuestra gloria, si de una mera casualidad que no tuvo consecuencia, quisiese sacar argumentos contra el verdadero descubridor que expuso su fama y su vida en esta empresa. Fuera de que yo desprecio altamente estas rivalidades pueriles de naciones: todo hombre, en cualquier punto del globo que haya nacido es mi hermano; yo participo de su mérito, él honra la especie humana, y yo me engrío de pertenecer a ella, así como me humillo cuando le encuentro débil, vicioso, despreciable, aunque sea en el último rincón del universo.

Dejemos, pues, estas miserables contestaciones: convengamos en que Colón fue un héroe, pero que no lo fueron menos los que apoyaron su pensamiento, los que le ayudaron y acompañaron en la empresa, y los que siguiendo sus huellas descubrieron tan inmensos países. Pero este grande hombre ha recibido el mayor agravio de parte de su paisano Américo Vespucio; pues sin embargo de haber sido Colón el primero que descubrió el nuevo Continente, ha tenido la desgracia de que recibiese el nombre de *América* de este aventurero Florentín, de ningún modo comparable con Colón, ni con ninguno de los descubridores españoles. Esta es una de las mayores injusticias que se han hecho en el mundo, y es ya imposible repararla, porque todas las naciones han convenido en sostenerla, exceptuando a España, en cuyos actos públicos se da el nombre de *Indias Occidentales* a aquel nuevo hemisferio que también se llama *nuevo mundo*.

Resuelto Colón a buscar aquel nuevo continente, acudió primeramente a los genoveses a solicitar socorros para efectuar su empresa; pero aquella república había ya decaído de su gloria marítima, y perdido casi todo su comercio por causa del descubrimiento del nuevo camino para la India Oriental por los portugueses, y además el carácter de aquella nación no era propio para exponer sus caudales y vidas en una empresa que se tuvo al principio por delirio. Despreciado por sus paisanos se dirigió a la Corte de Portugal, que con los nuevos descubrimientos en la India Oriental se hallaba inflamada en deseos de nuevas conquistas; pero le trataron con la mayor perfidia. Nombróse una junta para tratar con Colón sobre este asunto, y habiendo él manifestado francamente a los comisionados las luces que había adquirido sobre aquellas tierras desconocidas, la Corte de Portugal se aprovechó de estas noticias para enviar secretamente una caravela a descubrirlas. Esta infame perfidia se convirtió en oprobio de los portugueses: los que fueron enviados a esta expedición, aterrados de las primeras dificultades se volvieron a Lisboa, y para disculpar su cobardía, publicaron que era una quimera la empresa propuesta por Colón. En vista de esta repulsa marchó Colón a la Corte de Castilla que a la sazón se hallaba en Córdoba; pero temiendo que se despreciaría su proposición, como lo habían hecho

en Génova y Lisboa, envió al mismo tiempo a su hermano Bartolomé a Inglaterra, para proponer lo mismo a Enrique VII. Su pretensión no fue despreciada en la Corte de Castilla, aunque él temiendo igual suerte que en Portugal, no descubrió claramente lo que sabía acerca de aquellos nuevos países; pero la guerra de Granada en que se hallaban muy empeñados los Reyes Católicos Doña Isabel y Don Fernando, hizo dilatar por entonces la empresa.

Colón escribió al Rey de Francia, solicitando su protección, pero los franceses se hallaban muy distantes de pensar en conquistas tan inciertas, por estar muy ocupados en la guerra de Italia. Su hermano tuvo la misma desgracia en Inglaterra. Precisado pues Colón a fijar sus esperanzas en los castellanos, que fueron los únicos que recibieron sin desprecio ni preocupación sus proposiciones, insistió por medio de algunos personajes de crédito en la Corte tener una audiencia de la Reina Católica que consiguió sin mucha dificultad. El efecto de aquella audiencia fue quedar aquella inmortal heroína persuadida de la probabilidad del proyecto de Colón y de su talento para desempeñarlo; pero sus pretensiones eran excesivas. Quería Colón que se le nombrase Almirante y Virrey perpetuo, y hereditario de todos los países y mares que descubriese, pretensión sin duda muy desmedida, aun suponiendo que verificase todo lo prometido; pero si no salía con su empresa, la Reyna temía, con razón, la tachasen de ligereza por haber dado crédito tan ciegamente a las promesas de un extranjero que hasta entonces nada tenía que perder. Sin embargo, después que se tomó la ciudad de Granada, la Reyna Católica, libre ya de aquel gran cuidado, y aconsejada por sujetos del mayor crédito, mandó llamar a Colón, y le concedió en una Cédula aun más honores de los que solicitaba, y al mismo tiempo se dio orden para que en el Puerto de Palos se equipasen tres caravelas para aquella expedición. Este pequeño armamento que adquirió a España un nuevo mundo y tan grandes tesoros, se equipó a costa de la Reyna Doña Isabel, la cual se deshizo de sus joyas para costear la expedición, sin que su marido Don Fernando tuviese parte en los gastos, por lo que mientras vivió la Reyna Católica no se permitió pasar al nuevo mundo a los vasallos de la Corona de Aragón.

Hízose a la vela Colón el día 3 de agosto de 1492: llegó el día 11 a las Canarias, el día 7 de septiembre perdió de vista estas islas, dirigiendo su rumbo hacia el Occidente. No hay necesidad de referiros por menor los sucesos de esta navegación que se hallan bien especificados en nuestros historiadores: basta decir, que después de varios temores y sediciones de la tripulación, Colón tuvo la dicha de ser el primero que descubrió tierra, la cual era una isla que llamó de San Salvador, nombre que no ha conservado.

Acercándose a la tierra vieron cubierta la ribera de hombres desnudos, que hacían ademanes del mayor asombro, creyendo que las caravelas eran animales con alas. El Almirante se hizo condu-

cir a tierra en una barca armada, llevando la espada en la mano, acompañándole los Comandantes de las otras dos caravelas con otros Oficiales con banderas desplegadas. Luégo que desembarcaron besaron la tierra, y dieron gracias a Dios por el buen suceso de su viaje: todos se postraron a los pies de Colón con las mayores demostraciones de sumisión y respeto, prestándole juramento como a Virrey y Almirante. Después plantando una cruz en la ribera, tomó posesión del país en nombre de los Reyes Católicos: los isleños que no tenían idea de la escritura, viendo que se escribía en la formalidad de este acto, creyendo que esto sería alguna especie de ensalmo o encanto contra ellos y su isla, echaron a huír despavoridos. Colón mandó que los siguiesen, y alcanzando a algunos de ellos los colmó de regalos y caricias, y dejándolos en libertad para que volviesen a buscar a sus compañeros, volvieron todos con la mayor confianza, acercándose a las caravelas unos a nado, y otros en sus canoas. Tenían el cabello negro y espeso, rodeado a la cabeza en forma de rodete; otros lo llevaban suelto: la mayor parte eran de buen talle, de facciones bastante agradables, de frente ancha, y de color bazo. Estaban pintados de un modo extravagante; unos solamente tenían pintada la nariz, otros el rostro, y otros todo el cuerpo, y carecían de barba. Al paso que los españoles admiraban la figura de los isleños, éstos no estaban menos maravillados de ver hombres vestidos y con barba larga, según se usaba entonces en España. Los isleños no conocían el hierro, y viendo por la primera vez espadas las cogían por el filo y se herían, causándoles este efecto el mayor asombro. Sus armas eran unos dardos o lanzas puntiagudas de madera endurecida al fuego, a cuya punta aseguraban un diente de cierto pescado. Sus canoas se formaban de un tronco de árbol excavado; en las menores solo cabía un hombre, pero en otras podían ir hasta cincuenta. Las conducían con un solo remo de la forma de una pala: las mayores eran tan ligeras, que cuando alguna se volcaba la enderezaban en un momento, y vaciaban el agua nadando ce.ca de ellas; luego que estaban sin agua volvían a meterse en ellas, y proseguían remando sin ninguna señal de temor ni de embarazo. Las bujerías que les regalaban les parecían muy preciosas, porque la novedad las daba el mayor mérito: la isla tenía abundancia de agua, árboles y plantas, pero no vieron más animales que algunos papagayos.

El Almirante hizo embarcar toda su gente el mismo día, y varios salvajes le siguieron a bordo: preguntándoles por señas que entendieron fácilmente, se supo que su isla se llamaba *Guanahani*, que estaba rodeada de otras muchas, y que los habitantes de todas ellas se llamaban *Lucayos*, por lo que se dio el nombre de *Lucayas* a todas las islas que están al Norte y al Oeste de las grandes Antillas, que terminan en el canal de Bahama. Al día siguiente se vio venir mayor número de estos isleños con papagayos y algodón, que daban en cambio de cascabeles, que les ataban a las piernas y al cuello, y por pedazos de platos de loza barnizada:

una arroba de algodón no les parecía un precio excesivo por un pedazo de vidrio. Si os reis de esta simplicidad de aquellos salvajes, volved la vista a los cultos europeos que dan millones por esas gufjas brillantes que llaman diamantes, (1) y hallaréis que todos los hombres somos igualmente ridículos: la diferencia está a favor de los salvajes, pues ellos daban una cosa de que abundaban y que les era inútil, por un objeto nuevo que les causaba admiración; y nosotros damos el oro que necesitamos para los usos de la vida, para socorrer al estado y a los pobres, por unas vagatelas, cuyo único mérito es la rareza. No traían estos salvajes mas adornos que unas hojas de metal amarillo como pegadas a la punta de la nariz, el cual se reconoció bien pronto era oro. Preguntáronle de donde sacaban aquel metal, y ellos respondieron señalando hacia el Sur, y dando a entender que hacia allí había muchas y grandes islas. El Almirante resolvió al punto dirigirse hacia aquella parte, pero antes quiso reconocer lo restante de esta isla, costeándola por el Nord-Oeste; y los isleños le seguían por tierra y en sus canoas, llamando a sus compañeros para que admirasen aquella nueva especie de hombres que creían habían bajado del cielo. Las tres caravelas descubrieron en aquel paraje una península, donde se veían seis casas y gran cantidad de árboles que parecían adornos de algún jardín. Pero Colón deseando encontrar algún paraje de donde pudiese sacar provisiones para refrescar su tripulación, despidió a los salvajes que le habían seguido, a excepción de siete que llevó consigo para enseñarles la lengua castellana, y despues de haber avistado otras islas verdes y pobladas, se acercó a otra que llamó la *Concepción* a siete leguas de la primera. Parecióle tan mal provista de viveres, que no se detuvo mas que para hacer noche, y al día siguiente fue a hacer aguada a otra, cuyos habitantes tenían apariencia de estar más civilizados. Las mujeres estaban cubiertas desde la cintura hasta las rodillas, unas con telas de coton, otras con hojas de árboles, y dio el nombre de *Fernandina* a esta isla. Los castellanos vieron varias especies de aves diferentes de las de Europa, peces de colores varios y muy vivos, lagartos de enorme tamaño que les causaron miedo, pero sintieron no haberlos conocido antes, cuando supieron que su carne era una excelente comida; conejos del tamaño de ratas, y gran cantidad de papagayos; pero no vieron ningún animal de cuya carne pudiesen alimentarse con confianza. En la isla se descubrían muchas casas, las cuales eran a manera de tiendas con un portal cubierto de ramas que los defendía del sol y de las lluvias, con varios conductos para dar salida al humo. No tenían mas muebles que algunos trastos de cocina groseros, y algunas piezas de coton: las camas eran una especie de redes lla-

(1) Aquí expiden leyes y ponen pleitos y escriben y pelean por esas piedrecitas que llaman esmeraldas, estimadas por algunos más que el honor. Diganlo.....

madas *hamacas*, colgadas por las puntas de unos maderos: también vieron algunos perros pequeños que no ladraban. Entre los isleños se distinguía uno que llevaba pendiente de la nariz una pieza de oro con algunos caracteres que Colón creyó serían letras, pero después supo que no conocían el arte de escribir.

De allí pasó a otra isla, a la cual puso el nombre de *Isabel*, pero sin detenerse se dirigió hacia el E. S. E.: en los dos días siguientes descubrió de Norte a Sur otras ocho islãs que llamó de *Arena*, porque se encontró en ellas poco fondo. Al día siguiente descubrió un país muy extenso, al cual llamaban *Cuba* los isleños que llevaba consigo: entró en esta isla por un gran río; los bosques eran muy espesos, los árboles de altura extraordinaria, las frutas diferentes de las nuestras, y lo mismo un gran número de aves. Las riberas de los ríos parecían muy pobladas, pero al ver las caravelas, los habitantes habían huído: los salvajes que iban en ellas dijeron a Colón que en aquel país encontraría mucho oro, No permitió desembarcar a ninguno de los suyos por no espantar a los isleños, pero escogiendo a dos personas de su confianza los envió en una canoa con dos de sus salvajes para que registrasen el país, Volvieron estos trayendo consigo tres habitantes de Cuba: dijeron que se habían introducido veinte y dos leguas tierra adentro: que habían encontrado una aldea de cincuenta casas que contenía unas mil personas, todos desnudos así hombres como mujeres, pero de un carácter tan apacible, que se habían apresurado a salir a recibirlos, a besarles los pies, y que los habían llevado en brazos; los hicieron sentar en unas sillas de extraordinaria hechura guarnecidas de oro; les habían dado de comer unas raíces cocidas, cuyo gusto se parecía a las castañas; que deseaban detenerlos por algunos días para que descansasen, y no habiendo cedido a sus instancias y caricias, les habían dado tres isleños para que los acompañasen: que en el camino habían encontrado otras chozas, cuyos habitantes les habían hecho iguales obsequios; que habían visto otros muchos salvajes ocupados en cocer las raíces de que se alimentaban, y que su modo de encender fuego era frotar un pedazo de madera con otro; que habían visto gran número de árboles diferentes de los de la costa, y varias especies de aves, pero que no habían descubierto ningún animal terrestre, sino unos perros que no ladraban; que las tierras estaban cubiertas de una especie de grano que llamaban *maíz*, de un gusto agradable; que habiendo preguntado si había oro en la isla, les habían dado a entender que encontraría mucho en *Bohío*, que les habían mostrado hacia el Este, y en un país que llamaban *Cubanacan*.

El Almirante supo bien pronto que Cubanacan era un país situado en medio de la isla, y después supo que Bohío significaba una tierra muy poblada. Con la esperanza de encontrar un país abundante en oro, marchó con varios indios de Cuba que se ofrecieron a servirle de guías, dirigiéndose en busca de la grande isla que creía se llamaba *Bohío*. Llegó a otro puerto de la isla de Cuba que él llamó de *Santa Catalina*; algunos indios que encontró en

este puerto le dieron a entender que la isla que buscaba con nombre de Bohío era su patria, y que se llamaba *Hayti*, asegurándole que en ella encontraría mucho oro, principalmente en un país que llamaban *Cibao*. Dirigióse a esta isla que solo distaba de Cuba diez y ocho leguas, y entró en un puerto que llamó de *San Nicolás*, que era seguro y cómodo. De allí pasó a otro puerto que llamó de la *Concepción* al Sur de una isla pequeña, a la cual llamaron de la *Tortuga*. La isla de *Hayti* pareció tan grande a Colón, y su terreno y árboles tenían tanta semejanza con los de Castilla, que la llamó la *isla española*, que hoy llamamos *Santo Domingo*.

Los isleños al principio mostraron mucho temor a las caravelas; los primeros que las descubrieron echaron a huir, y esparcieron el terror por toda la isla. Los mismos que habían venido con los españoles se escaparon a nado, infundiendo desconfianza a los demás, y por todas partes no se veía más que campos desiertos. Algunos marineros que se internaron en los bosques, encontraron una cuadrilla de isleños acompañados de sus mujeres e hijos, a quienes el temor había reunido. Cogieron a una mujer, la cual llevaron al Almirante: él la trató con mucho cariño, la adornaron con varias ropas, y la volvieron a los suyos, acompañándola los marineros y tres indios de San Salvador que sabían su lengua. Al día siguiente el Almirante envió hacia la misma parte otros nueve castellanos, los cuales encontraron a aquella mujer en una población distante cuatro leguas al Sud-Este, compuesta de cerca de mil casas. Al ver a los extranjeros todos echaron a huir; pero uno de los isleños de San Salvador siguió a los fugitivos, y les hizo tan grandes elogios de los españoles, que antes de la noche volvieron a sus casas, y se hicieron unos a otros varios regalos, de suerte que los españoles no tuvieron reparo en quedarse a dormir en sus habitaciones.

Al otro día vieron gran número de isleños que voluntariamente se dirigían al puerto, llevando sobre sus espaldas a la mujer que les habían vuelto, a la cual acompañaba su marido para dar gracias al Almirante. Eran más blancos que los de otras islas, menos altos y robustos, de rostros bastante disformes, pero de un carácter suave y apacible. Llevaban la cabeza descubierta, y tenían el cráneo tan duro, que cuando en lo sucesivo se les hizo la guerra, no hacían mella en ellos las espadas. Esto procedía de que las madres comprimían a sus hijos recién nacidos la parte superior del cráneo de tal forma, que con el tiempo parecía que no tenían frente, lo cual los hacía muy disformes, y al mismo tiempo les endurecía la cabeza.

Poco tiempo después llegó a la ribera un príncipe de uno de aquellos cantones, acompañado de unas doscientas personas que le llevaban en hombros, y le daban el título de *Cacique*: era muy joven, y la curiosidad le había llevado a ver los navíos. Uno de los salvajes de San Salvador le dijo, que los españoles habían bajado del cielo: el Cacique subió con mucha gravedad a bordo de la caravela del Almirante, acompañado de dos de los suyos, y

cuando estuvo sobre el puente, hizo señal a los demás para que se retirasen, El Almirante le presentó varios manjares, de los cuales comió sin dificultad, pero no quiso beber de los licores fuertes, contentándose con acercárselos a la boca, Un indio de los de San Salvador que empezaba a servir de intérprete, le dijo, que el Almirante era Capitán de los Reyes de Castilla y de León, que eran los mayores Monarcas del mundo; pero no quiso darle crédito, persuadido por el testimonio del otro, que aquellos extranjeros eran habitantes del cielo, Al día siguiente volvió el Cacique con la misma comitiva, y al mismo tiempo llegó una canoa con cuarenta hombres, que venían de la isla de la Tortuga. El Cacique con un tono irritado les mandó que se retirasen, y arrojó contra ellos agua y piedras; ellos obedecieron con muestras de mucha sumisión. Los castellanos se emplearon aquel día en adquirir de los indios hojas de oro en cambio de cuentas de vidrio, porque el Almirante deseaba recoger todo el oro que pudiese, para llevarlo a Castilla por muestra de lo ventajoso de su descubrimiento.

Poco después el Almirante recibió una embajada de Guacanagari, Rey de Hayti o de la Española, el cual le suplicaba que pasase a su Corte, y le enviaba un regalo bastante rico, que consistía en una máscara, cuya nariz, orejas y lengua eran de oro de martillo, con un cinturón de cuatro dedos de ancho, bordado de huesos de pescado muy menudos, y trabajados en forma de perlas, El Almirante prometió a los embajadores ir al punto a ver al Rey, pero por prudencia envió antes algunos de sus Oficiales; y en vista del obsequio con que los trató Guacanagari, no tuvo dificultad en pasar en persona a su Corte, la cual distaba cuatro o cinco leguas del puerto de Santo Tomás. El fruto de esta visita fue un tratado de comercio, con que se estableció una mutua confianza entre las dos naciones: desde luego acudió un concurso inmenso de indios de todas edades y sexos al rededor de las dos caravelas, porque la otra se había separado: los castellanos adquirieron muchos granos de oro, algodón y papagayos en cambio de los géneros que llevaban de Castilla, Los que pasaron a visitar otras poblaciones, fueron tratados como hombres bajados del cielo; los indios besaban la tierra que pisaban los españoles, y abandonaban a su discreción todos los bienes de la isla.

Una noche por descuido del piloto la caravela del Almirante fue arrebatada por las corrientes, y encalló en un banco de arena, en donde pereció sin que la otra pudiera socorrerla. Apenas supo Guacanagari la desgracia de sus huéspedes, acudió con el mayor anhelo a socorrerlos en aquel aprieto, haciendo que sus vasallos les ayudasen a recoger las reliquias de su naufragio. En varias visitas que hizo al Almirante le suplicó con lágrimas olvidase aquella desgracia, de la cual se echaba la culpa a sí mismo, y le ofreció todo lo que tenía para resarcir la pérdida. Todos los habitantes de aquella parte de la isla, concurriendo a las ideas de su Soberano, traían a los castellanos todo el oro que tenían; bien es verdad que a este motivo se añadía otro más poderoso, cual era su

pasión a las bujerías que les daban los españoles en cambio, principalmente a los cascabeles. Se acercaban a competencia a la caravela, mostrando láminas de oro, y con ademanes que indicaban recelo de que no fuesen admitidas sus ofertas. Uno de ellos que tenía en la mano un pedazo de oro de peso de medio marco, derribó a otro que se le quería anticipar para recibir un cascabel, y habiendo entregado en cambio su oro, echó a huir con la mayor apresuración, temiendo que el español se lo quitase, teniéndose por engañado.

Unas muestras tan constantes de sencillez, y la esperanza de descubrir el manantial de tantas riquezas, determinaron al Almirante a formar allí un establecimiento. Para que Guacanagari consintiese en ello, se esmeró Colón en grangearse su afecto con nuevos regalos y caricias; y teniendo por conveniente infundirle también respeto, mandó hacer unas descargas de artillería. Es imponderable el pasmo que su estruendo causó en aquellos indios, los cuales se tiraban a tierra tapándose los oídos: Guacanagari participó también de este terror, y Colón para tranquilizarle, le dijo que con aquellas armas le haría salir vencedor de sus enemigos, que eran los *Caribes*, habitantes de las islas vecinas, contra los cuales estaba siempre en guerra, y los tenían por los más crueles y bárbaros de todos los hombres. Para hacerle ver el efecto de la artillería, hizo tirar un cañonazo contra el casco de la caravela encallada; la bala atravesó el navío y fue a parar al mar. Este espectáculo causó tanto asombro al Rey, que se volvió muy pensativo a su Corte, creyendo que aquellos extranjeros manejaban el rayo a su arbitrio.

En esta inteligencia les permitió sin dificultad que construyeran una fortaleza, la cual se formó de las reliquias de la caravela encallada, y pusieron en ella algunos cañones, rodeándola con un foso profundo. Durante este trabajo, el Almirante pasaba a tierra todos los días, y se quedaba allí a dormir; Guacanagari se aprovechó de esta ocasión para hacerle nuevos honores y obsequios. Un día al desembarcar de su chalupa, encontró a un hermano del Rey, que le condujo de la mano a su casa muy adornada, adonde vino Guacanagari: y le puso al cuello una lámina de oro. Otro día cinco Caciques vasallos del Rey vinieron a recibirle con coronas de oro en la cabeza: Guacanagari esperó el momento de que Colón desembarcase, se presentó al mismo lugar, le hizo sentar con mucha veneración, y le puso su corona sobre la cabeza. El Almirante llevaba un collar de cuentas de vidrio, el cual puso al cuello de Guacanagari: después quitándose un vestido muy bello que llevaba, adornó con él al Rey con sus propias manos, le puso unos borceguies de tafilete, y le metió en el dedo un anillo de plata. Esta ceremonia fue como un nuevo tratado que aumentó el afecto de los isleños a los castellanos. Dos Caciques acompañaron al Almirante hasta su chalupa, y al despedirse le dieron cada cual una lámina de oro. Estas láminas no eran fundidas, sino que se componían de muchos granos reu-

nidos; como aquellos indios no sabían el modo de fundir los metales, cogían los granos de oro según salían de la mina, y machacándolos con unas piedras, los iban extendiendo y uniéndolos entre sí para formar las láminas.

La otra caravela, llamada *La Pinta*, se había separado mucho tiempo antes de Colón, y creyendo éste que se dirigía a España para usurparle la gloria de tan gran descubrimiento, se apresuró a dar la vuelta a España. Escogió treinta y nueve hombres de los mas valerosos, dejando por comandante de la fortaleza a Diego de Arana, con las provisiones que pudo cercenar de su caravela, y se dispuso para la marcha. Encargó mucho a los castellanos observasen la mejor armonía con los indios, y al despedirse de Guacanagari le encargó el cuidado de los españoles que le dejaba para que le defendiesen contra los Caribes. Este Rey le dio palabra solemne de hacerlo así, y tratarlos como a hijos, y en prendas de su promesa no solamente permitió que algunos de sus vasallos la acompañasen a España, sino que confió uno de sus parientes al Almirante.

No hay necesidad, señora, de referir por menor todo lo que acaeció a Colón en sus varios viajes a España y a las Indias, pues tenemos muchas y muy apreciables historias en que se hallan tratados muy por menor todos estos hechos. Solo diré por conclusión de esta carta en obsequio de la verdad y honor de los españoles, que la Reyna Católica, desde que supo este descubrimiento, dirigió todas sus miras a la conversión de aquellos indios a la Fé, y ninguna cosa encargó con más ahínco a todos los que pasaban a las Indias con algún mando, sino que tratasen a los indios lo mismo que a los españoles absolutamente en todo. Los Reyes Católicos y sus sucesores no han cesado de expedir cédulas y pragmáticas a favor de los naturales del nuevo mundo; y si éstas en alguna época han sido quebrantadas por algunos españoles, no debe ceder esto en descrédito del Gobierno español ni de la nación, sino que ha sido efecto de lo remoto de los países, y de las pasiones de algunos individuos, que han hecho en las Indias Occidentales el mismo abuso de su poder, que los de todas las naciones de Europa en los varios países que han descubierto. El origen de los desórdenes (ponderados con exceso) que se cometieron al principio de la conquista del nuevo mundo, fue el consejo que dió Colón a la Reyna Católica, de destinar para pobladores de las Indias a los delincuentes, los cuales por la mayor parte obraron como tales en muchas ocasiones. Es pues muy injusto calumniar a toda una nación por culpa de algunos individuos; y si esta acusación fuese justa, debe comprender a las mismas naciones que tanto declaman contra los españoles, pues en muchas de ellas se adoptó el mismo sistema de enviar foragidos a las nuevas Colonias. No podrán los extranjeros citar un hecho de crueldad o tiranía de los primeros pobladores de América, que no se les pueda improperear igualmente a sus paisanos, como iremos viendo en el discurso de los viajes de estos nuevos países.

Últimos días de Cristóbal Colón

De la biografía de Colón escrita por A. de Lamartine tomamos el siguiente sublime, religioso y bellísimo trozo cuya lectura eleva el alma y conmueve dulcemente el corazón:

.....En seguida reconcentró Colón todo su pensamiento en Dios, al que había considerado siempre como su verdadero y único soberano; pareciéndole que dependía directamente de aquella Providencia, de la que sentíase, más que otro alguno, ministro e instrumento. Los dos resortes de su vida, la resignación y el entusiasmo, no le faltaron en su muerte. Humillóse bajo la mano de la naturaleza y se irguió bajo la de Dios, al que siempre había visto entre sus triunfos y reveses y al que veía más cerca en el momento de su partida de la tierra. Anodadóse bajo el peso de sus faltas y en la esperanza de su noble inmortalidad. Poeta de corazón, como se ha visto en sus discursos y en sus escritos, tomó de la poesía sagrada de los salmos las últimas inspiraciones de su alma y los últimos balbuceamientos de sus labios, pronunciando en latín el supremo adiós a este mundo, y entregando en alta voz su alma al Criador: siervo satisfecho de su obra y despedido del mundo visible que había ensanchado, marchaba al mundo invisible para morar en el espacio inconmensurable de los universos infinitos.

La envidia e ingratitud de su siglo y de su soberano se desvanecieron con el último suspiro del grande hombre que fue su víctima. Los contemporáneos se apresuran siempre a expiar en los muertos las persecuciones con que afligen a los vivos. Tributáronse a Colón exequias reales; su cuerpo, y más tarde el de su hijo, después de descansar en varios monumentos fúnebres en diferentes catedrales de España, fueron trasportados y sepultados, según sus deseos, en la Española: como el conquistador en su conquista. Actualmente reposan en Cuba. Pero por incomprendible disposición divina, o por ingrata inconsecuencia de los hombres, de todas aquellas tierras de América que se disputaron el honor de guardar sus restos, ninguna guarda su nombre.

VATICINIO SOBRE EL PORVENIR DE EUROPA Y EL DEL NUEVO MUNDO

Pensando penosamente en la bárbara y salvaje guerra con que los *civilizados y cultos* habitantes de Europa están agotando riquezas cuantiosas y matándose por millones, hemos recordado una poesía en que se halla una estrofa que subrrayaremos para llamar a élla la atención del lector.

A CRISTOBAL COLON

(Fragmento de un canto de Rafael María Baralt).

«..... Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierra y aguas derramara.

Tu alada fantasía
Al contemplarlo, en el Eden primero
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero.

*Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbari?, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.*

¡Ay de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira;
De pueblos, de monarcas,
Cuando el Señor, que torvo ya las mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entónces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando, y altares;
Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo.

Colón! el mundo hermoso
Que de su seno a las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas,

Así de polo a polo
Resuena el canto; extiende tu renombre
Por los cielos Apolo;
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad a otra edad lleva tu nombre.

ESTE REPERTORIO

no se canjea sino con los periódicos de su índole. Está de venta en la tienda del señor don Lisandro Arias D. a \$ 5 papel moneda el ejemplar. Se remite gratis a los Directores Generales de Instrucción Pública, a los colegios y escuelas principales del Departamento y a otros empleados oficiales.

Suplicamos a las personas estudiosas, nos remitan manuscritos que contengan datos históricos o geográficos o arqueológicos colombianos. Por este servicio se les enviará gratis esta Revista.

